



Reseña

Álvaro Fernández Bravo. *El museo vacío. Acumulación primitiva, patrimonio cultural e identidades colectivas. Argentina y Brasil, 1880-1945*. Buenos Aires: Eudeba, 2016.

Fabiana Serviddio¹

Para quienes trabajamos la historia de los museos de arte y de las exposiciones como una perspectiva clave en el abordaje de las artes visuales –la de los estudios curatoriales–, así como para los especialistas en coleccionismo, la aparición de este libro significa una grata invitación a expandir el horizonte de problemas implícitos en la interpretación de las prácticas coleccionistas del museo moderno. No es que la mirada biopolítica foucaultiana que el libro asume no estuviera ya contemplada en investigaciones previas; de hecho, trabajos que hoy se consideran referentes fundamentales, como *The Birth of the Museum*, de Tony Bennett, parten de ese paradigma y analizan ciertos lugares de exhibición y espectáculo –entre ellos, el museo– como iniciativas que operaron para ejercer control sobre la naciente ciudadanía mediante la internalización del proyecto político de la nación moderna. *El museo vacío* sin embargo propone partir desde un lugar interdisciplinar, que capitaliza el giro material en la antropología y la sólida formación de su autor en crítica literaria, y pone en diálogo, antes impensado, formaciones textuales de distintos campos disciplinares: acervos patrimoniales apropiados a las poblaciones indígenas en museos, en paralelo a ficciones literarias, inventarios científicos, archivos, y aun conferencias y catálogos, todos

¹ **Fabiana Serviddio** es doctora en teoría e historia del arte por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como investigadora adjunta en el CONICET, investigador del Instituto de Investigación en Arte y Cultura Dr. Norberto Griffa (UNTREF), profesora titular de Historiografía del Arte II para la Maestría en Curaduría en Artes Visuales y el Doctorado en Teoría Comparada de las Artes, en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Integrante del Comité Académico de la Maestría, ha publicado *Arte y crítica en Latinoamérica durante los años setenta* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2012). Es miembro del comité editorial de *Caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual*.

ellos como narraciones que en conjunto buscaron construir una autoimagen coherente y uniforme de la nación. El museo y las exposiciones aparecen entonces como una acción biopolítica más entre otras de distinto tenor. A lo largo de sus distintos capítulos, el autor rastrea la aparición de enfoques coincidentes: de la mano de etnógrafos y letrados como Silvio Romero, Joaquín V. González, Samuel Lafone Quevedo, Euclides da Cunha, Raimundo Nina Rodrigues y otros, en la Argentina y el Brasil de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX la mirada se volvió hacia el mundo indígena y negro. Ellos llevaron el folclor de sus propias localías a las ciudades en tanto insumos válidos para abastecer un patrimonio nacional en construcción.

Si bien es central para este trabajo el paradigma nacional, cuya extensa bibliografía lo enriquece de principio a fin –entre otros, son centrales los aportes de Homi Bhabha, Étienne Balibar, Jens Andermann y los propios del autor–, la densidad y especificidad de la hipótesis que articula todo el libro le permite ir mucho más allá de ese paradigma. Es la ansiedad, el malestar ante el vacío aparente de tradición –la falta de patrimonio de los pueblos originarios bajo la forma de monumentos o restos arqueológicos de cierta visibilidad material–, y la constante necesidad de cubrir esa falta lo que para el autor constituye la marca oculta de esas prácticas de apropiación. Se trata por cierto de un topos recurrente para quienes estudian la constitución del patrimonio cultural público en Brasil y Argentina, cuyas élites gubernamentales se valieron de distintos recursos de la cultura para enriquecer naciones que percibían como culturalmente deficitarias. El análisis comparativo entre ambas escenas aporta una mirada compleja que pone en evidencia la multiplicidad y divergencia de estos procesos en relación a otras regiones latinoamericanas –bastaría comparar estos procesos con los casos mexicano y peruano, donde la abrumadora presencia de restos materiales de civilizaciones pasadas impuso el desafío de su incorporación y trascendencia–, y también rasgos específicos que separan la política cultural implementada en Brasil del caso argentino.

El problema de la relación entre patrimonio natural y patrimonio cultural es otro hilo conductor que conecta distintos capítulos del libro y le está sugiriendo constantemente al lector comparaciones fructíferas con más períodos y países de

América Latina. Potenciando el paradigma biopolítico, el autor recupera la noción de vida según la han venido explorando filósofos contemporáneos como Giorgio Agamben y Roberto Esposito. La interrogación por el límite de lo humano en la definición de la cultura lo lleva a analizar las formas en que la naturaleza como concepto se convierte en un insumo simbólico más, una materia prima arrancada a su estado para devenir especie vegetal y animal, funcionalizada en pos de inscribir una tradición nacional. La clasificación, catalogación y jerarquización de las especies es leída también como una acción biopolítica del museo o del texto literario. Con esta mirada aborda en el capítulo tres el viaje de Euclides da Cunha al Amazonas y sus escritos ubicados entre la crónica, la ficción y el reporte científico; y también, en el capítulo siete, la producción escrita del naturalista inglés William Henry Hudson, comparándola con los inventarios y catálogos de museos a partir de su afán coleccionista que recoge, separa y ordena un conjunto de eventos y datos referentes a un mundo en extinción.

Escritores como Hudson y antropólogos como el alemán Robert Lehmann-Nitsche, europeos de origen construyendo disciplinas o géneros narrativos en territorio colonizado, nos llevan a observar con atención el tráfico intercultural de objetos y cuerpos que estaban operando para construir disciplinas científicas de pretendida validez universal. El libro ilumina la dimensión transnacional y poscolonial de estos nóveles coleccionistas/contrabandistas, situados en lugares fronterizos, y habilita reflexiones de más largo aliento, sobre las prácticas del colonialismo epistémico que plantearon los procesos imperiales en Latinoamérica. Está claro que ello excede el patrimonio indígena, porque las apropiaciones textuales mediante el museo y todos los aparatos que suplieron instrumental textual a la narrativa moderna impusieron siempre su taxonomía a la producción cultural sudamericana. Estos sujetos poscoloniales también se sintieron marcados por esas vivencias. En este sentido, la reflexión y el análisis se producen por partida doble, porque los casos que el libro recupera destacan el impacto que la colonización del conocimiento produjo tanto en los sujetos subalternos como en los colonizadores.

Si vinculamos el segundo capítulo, que atiende a la red transatlántica de intercambios de conocimientos y cultura material a inicios del siglo XX con la actividad de científicos como Lehmann-Nitsche y Alfred Métraux, y el último, que amplía la labor del antropólogo suizo en Tucumán y se adentra en la posición que asume el escritor Pedro Henríquez Ureña a través de diversas intervenciones literarias, podemos apreciar la complejidad que adquiere el mapa de estudios latinoamericanos. Así, subraya contornos tempranos ya en las primeras décadas del siglo XX, y demuestra a través de recorridos por las distintas redes conformadas en los cuarenta que su desarrollo procedió a través de conexiones no jerárquicas sino rizomáticas y que el latinoamericanismo como formación discursiva que se valió –y sigue haciéndolo– de la circulación e intercambio de objetos y conceptos, se encuentra en pleno proceso de investigación y construcción. Lo latinoamericano, como subjetividad colectiva, se vería mejor representado, en esta perspectiva, por su condición incompleta, inacabada y siempre cambiante, un proyecto u “horizonte en fuga” siempre diferente a sí mismo y pasible de ser repensado y reescrito (272), en el que confluyen la cultura material, el patrimonio intangible –lenguas autóctonas recuperadas, fábulas, mitos, etc.–, los discursos científicos, los textos literarios, los guiones del museo. Con esta mirada se interpretan también los envíos a los pabellones nacionales en las Exposiciones Universales y las conferencias de algunos representantes de la cultura nacional como Paul Groussac en la Exposición Universal de Chicago en 1893.

La patrimonialización de la cultura material e intangible de las etnias indígenas analizada en forma paralela a los procesos de consolidación de disciplinas como la filología y los estudios raciales –que a través de esta manipulación de objetos y cuerpos se vuelven instrumentos “científicamente respetables”– es otro de los aportes clave del libro. Este abordaje expone un argumento mucho más crítico que los ya establecidos por Ana Pizarro, Marta Dujovne o José Antonio Pérez Gollán. Por un lado, enfatiza que la producción del conocimiento mantuvo una relación estructural con la violencia apropiadora de las prácticas coleccionistas y las instituciones formadoras de la nación en territorio latinoamericano; y por el otro, acentúa el carácter performativo de la

gubernamentalidad –noción que adopta de Foucault. Los objetos que ya no se conciben de forma aislada sino en relación con los hombres que disponen de ellos en representaciones colectivas para el control de la población, que les asignan un nuevo valor y significado, deviniendo ancestros de la cultura nacional (130); es decir, la acción en sí misma es territorializante y no algo a posteriori.

Varios son los debates actuales a los que reenvía este trabajo. La consideración de las redes intelectuales en la construcción del conocimiento y la necesidad de hacer investigaciones que pongan los problemas en un marco transnacional subyace a todos los capítulos. Otro es el proceso de revisión crítica de su propia historia que están atravesando museos etnográficos a escala mundial, con la restitución a los pueblos originarios de los restos humanos y artefactos que fueron despojados décadas atrás; si bien algunos museos han podido inclusive incorporar las decisiones de los poseedores originarios a la política administrativa del museo, la resistencia de otros se mantiene y en algunos casos notables se hace oídos sordos a estos conflictos. Finalmente es de destacar también cómo se incorpora el problema de las relaciones entre imagen, tiempo y deseo –que en el campo de la historia del arte y la curaduría se han venido trabajando a partir de los aportes de Georges Didi-Huberman– al análisis de la construcción de un sujeto colectivo: la búsqueda por controlar y determinar la interpretación de las cosas, por someterlas a una representación determinada, y con ella la obliteración de temporalidades heterogéneas subyacentes y de otras significaciones posibles.